

## RECENSIONES

LOHMANN VILLENA, GUILLERMO, *Menéndez Pelayo y la Hispanidad*. Madrid. Rialp. 1957. 221 págs.

Los trabajos históricos del profesor don Guillermo Lohmann Villena sobre las instituciones, la vida económica y la literatura coloniales han sido una sólida y valiosa aportación para la historiografía peruana. Ahora, abandonando los períodos de su predilección, en su estudio *Menéndez Pelayo y la Hispanidad*, publicado en la dispar Biblioteca del Pensamiento Actual, incursiona por vez primera, acercándose a los siglos XIX y XX, en un terreno ideológico ligado a nuestras más hondas preocupaciones americanas. Y esta vez nos sentimos obligados a oponerle serios reparo.

El tema que se había propuesto G. L. era, indudablemente, buen objeto para una corta monografía. La atención que Menéndez Pelayo presta a la Literatura Hispanoamericana, sin menospreciar la dosis de cariño que pudiera haber supuesto, era normalmente exigible a su condición de historiador y no sobrepasaba, en verdad, los límites antológicos. Algunas reiteraciones superfluas que advertimos en el ensayo de G. L. se deben, evidentemente, a un calculo desproporcionado.

La prosa del investigador no deja de ser ceñida en el acarreo de datos, en la hilación de ellos, pero a veces se hincha desmesuradamente. La figura de Menéndez Pelayo —en este limitado aspecto objeto del estudio— arranca al mesurado y exacto investigador múltiples frases y adjetivos ditirámicos. Los textos de M. P. son "textos áureos" (Pról. p. 18); M. P. es el "caudillo intelectual" (p. 36), "aduanero insobornable" (p. 169) que se opone a la aceptación académica del léxico americano; "oráculo viviente de la hispanidad en su vertiente literaria" (p. 155), "comparable con Moisés, como este profeta M. Pelayo formuló el código de la hispanidad" (p. 21); "elegido de Dios" (p. 26). Y G. L. nos habla también, alguna vez, de un "carisma hispánico" (p. 38). En todo ello creemos ver una promiscuidad que resulta bastante peligrosa en el terreno ideológico.

Resulta lamentable que el ensayo carezca de un exacto deslinde de los problemas que plantea, en cuanto a concepto y denominación, *la comunidad de lengua española* (véase, sin embargo, un insuficiente deslinde en la pág. 38). Un indiscriminado empleo de la palabra *hispanidad* parece prescindir de la realidad pre-hispánica o desvalorizarla en extremo, cerrando así el paso a toda comprensión del mestizaje, floreciente hoy en más de un lugar de América. Cualquiera que fuere su lugar propio en la síntesis mestiza, la aportación pre-hispánica tiene una indudable importancia. Por la vía étnica, por lo menos, con el hombre de las nuevas nacionalidades en formación, entrega más de un valor. No se puede negar, por ejemplo, la extraordinaria sensibilidad estética del hombre americano.

Como trata de exponer G. L., hay que mantenerse lejos del indigenismo y del españolismo unilaterales. Por eso mismo, no creemos que el indigenismo exagerado fuera "el saldo inevitable de los tópicos brotados en el clima de la vulgar demagogia de la literatura revolucionaria y las proclamas libertarias" (p. 135). No es justo olvidar en el balance el alto porcentaje de indígenas y mestizos, aun cuando se les crea ganados por la cultura occidental porque sepan —cuando lo saben— leer, escribir y rezar sin desenvoltura, mientras su vida, hasta hoy, sigue desarrollándose en un clima muy poco occidental. Tampoco se puede desconocer que una situación de hecho en la Colonia y hasta de derecho, gracias a las legislaciones americanas del siglo XIX y las todavía insensibles de nuestros días, requería y requiere muy poco de "tópico demagógico" para cobrar virulencia.

Cómo se puede estar mirando a la personalidad en forja de América si se afirma que a la herencia española vituperada en tiempos de M. P. la reemplazaba "una difusa aspiración a la independencia intelectual que discurría por tres cauces: el falaz americanismo literario, la apostasia política y espiritual y la exaltación de las esencias nativas" (p. 139). No se puede despreciar de esta manera el americanismo literario, ni aunque sólo se refiriese al indigenismo (Cf., p. 176 y 122), cuando ya podemos admirar sus frutos en sazón. Preferimos no dejarnos llevar a la polémica por la frase equívoca de "apostasia política y espiritual". Después de dos cauces criticados, aparece el de la exaltación de las esencias nativas. Sospechamos que, con estas afirmaciones, se ha mutilado la conciencia americana.

Lohmann, exponiendo a M. P. y comprometido con él, recoge: "No es lícito renegar frivolamente de los valores tradicionales ni hacer tabla rasa del entronque con la época de la dominación española, para exigir como punto de partida de la historia americana la fecha de la emancipación" (p. 206). Por esa misma razón, recogiendo toda nuestra prehistoria —todo lo que de la colonia sea prehistoria nuestra—, debemos señalar el principio de la historia americana en el instante mismo en que la común voluntad y la esperanza común se fijan unas formas de vivencia y convivencia que realizar. Efectivamente, la nación no se improvisa, pero tampoco es posible permitir que nos la hagan; *la hacemos nosotros, a diario, desde la esperanza que somos*. Y, en nuestra faena de forjarnos la patria sin hipotecas de ninguna clase, conservando nuestros fondos prehispánicos e hispánicos asimilados a nuestra personalidad, debemos evitar las peligrosas "dietas", abriendo nuestro espíritu para recibir toda influencia posible *desde nosotros y desde nuestra aspiración*. Consideramos un peligro de estéril limitación eso de que "todo aquello que no tenga su raigambre en el abolengo español, carecerá de virtudes provechosas para los países que antaño se nutrieron del caudal de la cultura peninsular" (p. 207; Cf. p. 186). Los reducidos términos que ofrece G. L. nos obligaría a renunciar a muchos frutos americanos nacidos al contacto, libre de torpes monopolios, con culturas distintas a la española y que, en algún momento, alcanzaron a conmovir la península.

Lohmann hace presente que M. P. no acertó con el vocablo que expresase la comunidad de lengua española (p. 39). Tampoco, dice, "se animó nunca a formular de un modo expreso o incidentalmente, una teoría de la Hispanidad, ni menos intentó aprisionar toda su alcance en algún volandero ensayo" (p. 175). Es probable que esta circunstancia obligase al profesor Lohmann Villena a evitar un preciso planteamiento ideológico para no desmerecer la labor de Menéndez Pelayo a la hora de perfeccionar un pensamiento implícito en el conjunto de su vasta obra. De todas maneras, querer aplicar a América, como quiere Lohmann, los "dogmas" de Bonilla San Martín: "reconstitución de lo pasado, crítica de lo presente y regeneración de lo porvenir" (p. 171) nos parece un contrasentido histórico. Y no sabemos en qué medida puedan ser puntos car-

dinales para América, como G. L. quiere, las notas de "tradicional, español, religioso y caballeresco". Pensamos que sin una crítica necesaria sobre los conceptos de *tradicional* y *caballeresco* y con la implacable limitación de *español*, América de lengua española quedaría fuera de la Hispanidad.

En realidad, el concepto de *comunidad de lengua española* será nobilísima preocupación vital del español puesto en problema de la generación del 98. Menéndez Pelayo es, indudablemente, un estupendo antecesor en este punto de estos hombres que rehuyen instalarse cómodamente porque saben que la nación y la tradición viven en la medida en que se las asimila y recrea día a día. El Unamuno que asoma timidamente en la nota 168 de la página 129 del libro de Lohmann recogerá la preocupación intelectual de Menéndez Pelayo para convertirla en tema vital. Porque todos estos temas y problemas de hispanidad no fueron soslayados con falsas retórica, sino planteados con honradez y sinceridad y hasta con doloroso pesimismo —no hay que olvidar la generosidad de Unamuno— por los hombres del 98, creemos que para hablar de Hispanidad habría que ocuparse de ellos. Ocuparse a fondo y preocuparse con ellos. Dueños de una nueva y auténtica perspectiva, podremos entonces reconocer los innegables méritos de la labor de don Marcelino y sus evidentes limitaciones.

Armando Zubizarreta G.

BAUDIN L. *La Religion dans l' Empire des Incas*— en HISTOIRE DES RELIGIONS.

Publicada bajo la dirección de Maurice Brillant y René Aigrain. Tomo V. Páginas 65 a 87. Edición Bloud et Gay. Tournay (sin fecha).

Este estudio del ilustre peruanista francés acerca de la religión de los Incas pretende ofrecer una sintética visión de conjunto al lector europeo, incluyendo aspectos fenomenológicos y sociológicos tal vez más desarrollados que los aspectos histórico-religiosos.

La bibliografía citada consta de once cronistas (entre los cuales nos ha extrañado la ausencia de Molina) y nueve obras monográficas de distinta naturaleza y de diferente proveniencia. Podríamos decir que es evidente que los materiales utilizados no satisfacen por ser demasiados escasos y heterogéneos, si no pensáramos que esta monografía ha sido redactada para cumplir con un compromiso y seguramente muy de prisa. De otro lado, el autor, insigne sociólogo y economista no es un historiador de las religiones y no parece tener conciencia de su falta de información general en este sentido; además parece ignorar el sentido exacto del léxico que utiliza, lo que favorece deplorables confusiones (por ejemplo: escribiendo "ceremonia" por "rito", "brujería" por "Magia", etc.) y nos obliga a hacer muchísimas reservas.

El estudio trata de las fuentes, de la mentalidad de los Indios, del culto "popular", templos, sacerdotes, "ceremonias religiosas, culto de los muertos, y "brujería" y termina con una breve conclusión.

No hemos podido encontrar ningún elemento nuevo o digno de particular interés. En la primera parte el autor se asocia a las viejas opiniones de Wiener y Markham acerca de los conocimientos secretos propios de una élite, y tomando este dato en sentido sociológico, repite la trillada e insegura afirmación de la existencia de un dualismo religioso. Además, como muchos de sus antecesores, parece interesarse mucho más de la política religiosa de los Incas que no de las razones profundas de orden religioso que inspiraron dicha política.

Aspectos muy importantes, como la idea de la supervivencia, la mántica y otros no aparecen en esta monografía. Las razones que se presentan para explicar algunos